

## UN PROBLEMA NACIONAL

El envío de la Embajada española á Marruecos ha puesto sobre el tapete la eterna cuestión de nuestra influencia y protectorado sobre el Imperio del Magreb.

Pero, ¿está ahora España en condiciones de poder, no sólo cumplir su misión civilizadora, sino de desarrollar una política de expansión y progreso en el Norte de África?

Los «regeneradores» de oficio dicen que no, porque entienden que lo primero y más urgente á que hay que atender es á normalizar la Hacienda nacional, liquidar las guerras y reorganizar los servicios y la Administración pública.

En cierto modo, eso parece lo natural, porque si desatendemos el buen régimen interior, ¿cómo hemos de cumplir las necesidades de una acción exterior, que ha de exigir una actividad grande que perturbaría el saludable reposo que se preconiza como indispensable para restaurar las fuerzas nacionales?

No de ahora, que se habla mucho y se hace poco, sino de muy antiguo, sabe la opinión general del país que esos anuncios de regeneración, organización y demás propósitos «laudables» que constituyen la base de los programas políticos, son música del porvenir, que sonará ó no, según lo favorable ó adverso que sean las circunstancias.

Por consiguiente, si España ha de esperar para cumplir su misión en Marruecos á que los partidos de Gobierno den por terminada su gestión y arreglen y solucionen los problemas y las complicaciones interiores, ya puede esperar sentada; porque antes de que tal ocurra, se le habrán adelantado en el Magreb todas las naciones que con menos títulos y derechos que la nuestra aguardan impacientes una ocasión favorable para ingerirse en Marruecos.

Antes de ahora ha expuesto EL CORREO MILITAR su opinión concisa, concreta y clara en este importante asunto; y á lo dicho debe añadir que jamás, en ningún tiempo, ha estado la Nación en condiciones más favorables y propicias para iniciar su intervención en la política africana, y será una verdadera torpeza desaprovechar estos instantes para afrontar una cuestión de tan capital importancia para la Patria.

Dadas las condiciones militares y navales en que ha quedado España por consecuencia de la pérdida de sus ricas provincias y territorios coloniales, su acción decidida en Marruecos no puede inspirar recelos, sospechas ni desconfianzas á las potencias continentales, y mucho menos temores de ningún género.

Es natural que España, y así lo comprenderán desde luego las potencias, desarrolle en Africa una política de expansión, pacífica, prudente, humanitaria y civilizadora, que abra nuevos horizontes á sus iniciativas, á sus actividades, á sus mercados y á sus industrias, que han perdido su tradicional objetivo al desaparecer las colonias.

¿Qué hace falta para eso? Decisión, entusiasmo, voluntad firme y un patriotismo á prueba de bomba. No se trata de una guerra de conquista y de atropello, no hace falta acumular extraordinarios elementos, ni imponer á la Nación cruentos y costosos sacrificios.

No tenemos la Marina de guerra que sería indispensable para imponer la voluntad nacional á otra nación bien organizada militarmente; pero tenemos la suficiente para que en unión con el

Ejército se pueda llevar á la práctica el sueño ambicionado por el cardenal Cisneros, que consideró siempre con su elevado espíritu que en el Norte de Africa está el porvenir y el engrandecimiento de España.

¿Ha pensado en esto el Gobierno de S. M.? ¿Ha dado instrucciones concretas sobre estos interesantes extremos á la Embajada extraordinaria enviada á Marrakech? ¿Ha pensado que es momento de insinuar algo sobre nuestra influencia y protectorado en el Imperio mogrebino?

Si no lo ha hecho lo ha debido hacer, y de todos modos puede y debe ir pensando en hacerlo.

El Ejército y la Marina pueden, ahora mejor que nunca, consagrar su atención y sus valiosísimos elementos al logro de este ideal, que hoy por hoy es el único que debe llenar nuestra acción exterior, porque ahora ni el Ejército ni la Marina tienen por delante las preocupaciones ni los urgentes cuidados que antes exigían las guerras coloniales.

Marruecos, á las puertas de Europa, al entrar en el nuevo siglo, no puede permanecer indiferente á los progresos y mejoramientos de la civilización; sus fuerzas están extenuadas y agotadas, pero no muertas, y necesita la ayuda y el impulso generoso de España para salir de su abyección y decaimiento actual.

Es verdad que Francia tiene ya intereses creados y derecho indiscutible á no ver con indiferencia las transformaciones que en su organización y vida interior pueda experimentar el Imperio marroquí; pero ni sus intereses ni sus derechos son tan preferentes ni primordiales como los de España, ni es su situación tan favorable ni adecuada como la nuestra para iniciar en tal sentido una acción eficaz y provechosa.

Puede sí, y desde luego debe, secundar nuestras iniciativas, y aun auxiliarnos moral y materialmente para obtener ventajas positivistas, preparando de acuerdo con España el momento solemne y anhelado en que el Imperio marroquí, despojándose de sus primitivas determinaciones y organismos sociales y políticos, entre definitiva y resueltamente en el camino de su engrandecimiento y prosperidad moral y material.

Ese día será para España un día de gloria y para la Europa culta un timbre de honor, que á nosotros por tradición, por vecindad, por conveniencia y hasta por orgullo nos corresponde adelantar todo lo posible, poniendo para ello de nuestra parte todo cuanto somos, cuanto valemos y cuanto podemos como país culto y civilizador.

## LA FUERZA Y EL DERECHO

Lo que nos ha ocurrido en España al terminar la guerra con la América del Norte con el despojo de las islas Filipinas y lo que sucede con las dos repúblicas del Sur de Africa, demuestran bien claro, que la fuerza lo es todo en el mundo, y que sin ella la razón y el derecho nunca prevalecen.

Precisamente Inglaterra y los Estados Unidos son las naciones que se tienen por más adelantadas, por más humanitarias y las que mejor interpretan el derecho de gentes, y una de ellas, abusando de su poder, amplió las bases de la paz para incluir en su provecho lo que era absolutamente nuestro y nada tenía que ver con las causas de la guerra; y la otra está imponiéndose también por la guerra para llevar á cabo el más inicuo de los despojos, atacando la libertad de dos pueblos libres, las Repúblicas de Orange y Transvaal.

He aquí cómo acaba el siglo de civiliza-

ción y de las luces, el siglo XIX, á pesar de los Congresos para los arbitrajes.

Toda Europa contempla impasible el despojo; nadie se conmueve ni interviene, á Inglaterra, con el derecho del más fuerte, consuma el crimen de lesa humanidad, apoderándose de territorios que no le pertenecen y atacando la independencia de dos pueblos libres, probando así que el imperio de la razón y de la justicia sigue siendo, como en los tiempos de Alejandro y de Napoleón, el que da la fuerza de las armas y de los soldados, y que hoy, como entonces, el vencedor hace su libre voluntad, sin freno ni cortapisas, y á su antojo dicta leyes á los pueblos vencidos, imponiendo, sin mirar la razón ni la justicia, lo que más le place, abusando de sus fuerzas.

¿Cómo precaverse de semejantes desafueros? El remedio es muy sencillo; en Europa todos los pueblos procuran elevar su poder militar y sus fuerzas al máximo de lo que consienten sus recursos.

En Suiza, en Bélgica, en Holanda y en las potencias de segundo orden, están organizadas las reservas y calculado lo que la nación armada puede dar; en Parques y Arsenales hay almacenadas municiones y armas en cantidad bastante para mantener una lucha desesperada en defensa de la independencia del territorio patrio.

Y eso que hacen las demás naciones, ¿por qué la nuestra que tiene más oficialidad obrante y que gasta mucho como consecuencia de las guerras, no lo implanta?

Sabiendo, como sabemos, que el Ejército activo está mal de organización, pero que las Reservas están peor aún; que por amor á su Patria, los Gobiernos todos deberían tener prevista la mejor organización, la que diese más hombres y que se encaminara á la defensa nacional, ¿por qué no nos dedicamos á ello?

Hay que desengañarse; aunque tengamos toda la razón y los mayores derechos, seremos víctimas de cualquier brutal atropello cuando á cualquier gran potencia militar se le ofrezca y parezca, y esto había de ser muy difícil si estuviéramos bien organizados, si existiera un plan militar, aunque fuera copiado de Francia ó de Italia, porque todo es preferible á la desorganización actual; no debemos pensar sino en aumentar nuestras fuerzas, por ser esto en el siglo XIX, como lo será en el XX, la salvaguardia del derecho.

## DISCURSO-PROGRAMA

Si en este país, los ofrecimientos y las palabras merecieran el menor respeto, no cabe dudar que nos apresuraríamos á levantar acta de los conceptos emitidos en Sevilla por el Sr. Maura, en su reciente discurso, principal por no decir exclusivamente, en aquella parte relacionada con los problemas militares.

Pero, ya se vé, vivimos tan desilusionados en materia de programas y deslumbrantes promesas; y los habilísimos letrados que dirigen los negocios públicos desde que se enteró al general Prim, son tan dueños de su elocuente palabra y saben retorcer y alambicar el concepto por modo tan sutil, cuando así les conviene hacerlo, que las cautatas esas de Sevilla ahora, y mañana de cualquier otro punto, como lo fueron antes en distintos parajes de la Península, nos encuentran en un estado de incredulidad rayano en la indiferencia que á nuestro juicio es el mal canceroso y mortal que hoy aqueja con mayores bríos á la causa nacional.

Aunque contaminados, pues, de la general dolencia, la obligación que sobre nosotros pesa nos ha impuesto el deber de leer todo lo detenidamente posible la rápida información telegráfica sobre el aludido discurso del Sr. Maura, cuya personalidad, si quiera esté bien distante de merecernos simpatía, no dejamos de apreciar en todo el valor que por las enseñanzas de ayer puede esperar y presumirse para mañana.

La edad, ilustración é indiscutibles merecimientos del exministro de Ultramar y sus múltiples afinidades, por no decir identidad absoluta con el jefe de la desidencia del partido liberal, dan á sus acentos un relieve é importancia de que habrán de carecer forzadamente en la conciencia nacional y en el concepto del país los floridísimos períodos que constituirán la oración—también esperada—del melifluido y desacreditado Sr. Mo-

ret que sólo en un pueblo tan bonachón y manso como el nuestro, á más de olvidadizo, puede permitirse el lujo de *discursar* y de presentar programas cuando se hallan abiertas y manando sangre las heridas de las mutilaciones sufridas bajo su inteligente dirección.

Diga, pues, lo que diga D. Segismundo, y dándolo por juzgado sin oírlo, volvemos á las man festaciones hechas en Sevilla por el Sr. Maura, y dentro de ellas á las que se ocupan y tratan, según ya dijimos, de los asuntos relacionados con el Ejército.

A dar crédito á la información que nos sirve de norma para estas impresiones, sobre de palabra y de concepto se ha mostrado, respecto al particular, el Sr. Maura. Pero aun así, no cabe negar que lo por él afirmado es importantísimo, sustancioso y digno de fijar la atención militar.

Ejemplos recientes—aseguran que dijo—prueban que los pueblos mantienen el imperio de la fuerza.

Pero ¿lo había dudado S. S. un momento? Aun pudo añadir algo más el elocuente exministro. Que los pueblos mantienen y *mantendrán* ese imperio militar que ha sido y es, y será el barómetro de la verdadera importancia social de cada uno.

Por eso somos y representamos tan poquísimo, con nuestros hermanos los portugueses, en el concierto europeo. Por la *anemia militar* que padecemos, principalmente desde que los abogados y los ingenieros y los que sin ser otra cosa que charlatanes empederados, se encaramaron sobre el pavés é hicieron tabla rasa de todo cuanto tendiera á conservar y enaltecer al Ejército.

Y confesaba el Sr. Maura ese estado anémico militar nuestro al declarar también que á las alianzas salvadoras se va con oro ó acero, de ninguno de cuyos preciosos elementos disponemos nosotros; y de aquí que nos apresuremos á consignar el antecedente para hacer constar que el *acero* ese aquí echado de menos por el Sr. Maura para que pudiésemos ser solicitados y atendidos, que tan precioso metal—léase Ejército—no se improvisa y menos hoy que nunca, por lo que bueno fuese que el elocuente ex ministro usara una vez más de esa palabra clara y correcta de que dispone para facilitarnos alguna aclaración de los pensamientos que en tan importante materia viven y se mantienen como credo en la comunión política de la que tan dignamente ocupa su señoría la lugartenencia.

Porque sentar las premisas expuestas y la obligada declaración consiguiente de que *España no puede sostenerse en el statu quo* sin decir cómo hemos de salir de él, parémosnos medio desahogado y cómodo de ganar premio de elocuencia—que no debe evanecer al Sr. Maura—anta sus correligionarios sevillanos, pero no en el concepto del Ejército, que es el que ha de medir el verdadero alcance de semejantes declaraciones.

El espacio del presente número de EL CORREO MILITAR y de muchos sucesivos habríamos de necesitar para desarrollar algo de cuanto sugiere é invita á decir sobre materia militar el último discurso del señor Maura.

Pero como el espacio falta, hacemos punto, no sin insistir en que, si las palabras del diputado balear no son hijas de una puerilidad de amor propio, debe tomarse nota de ellas, para recordar á esos hombres el día en que las evoluciones de la política les llamase á dirigir la gobernación del país, que «los pueblos mantienen el imperio de la fuerza». Que «á las alianzas no puede irse sino con oro ó con acero»; y, en fin, que ese problema social, cuyo carácter reviste el exceso de oficialidad, de que también se ocupó el señor Maura, es tan digno de respeto, cuando menos, como el último de los problemas análogos y de mucha más fácil solución que sus congéneres, como estamos dispuestos á demostrar al Sr. Maura cuando le plazca.

Y basta por hoy.

## CINTARAZOS

Del Heraldo:

«El individuo socorrido días pasados por el Sr. Sagasta en la carretera del Pardo resulta ser licenciado del Ejército de Cuba, y la venda que envuelve su mano derecha cubre una herida producida por un machetazo.

Harían bien las autoridades ejercitando la caridad con este desgraciado, máxime teniendo en cuenta que sus sufrimientos los ha contraído en defensa de la Patria.»

Mejor hubiera sido, si no le pareciera mal al colega, que el que lo socorrió, cuando tuvo medios como jefe de Gobierno que fué de ampararle, lo hubiera hecho.

Así ahora, de seguro, para ese desgraciado repatriado ni para ningún otro habría que excitar sentimientos caritativos.

Porque todos, absolutamente todos, habiendo recibido religiosamente lo que á tanta costa ganado tenían, no se verían en la triste necesidad de mendigar ni en los trances extremos del que ha producido la apelación del Heraldo.

El gobernador civil de Tarragona sigue concediendo permisos para celebrar *meetings* catalanistas en la demarcación de su mando.

¿Está autorizado para ello por el señor ministro de la Gobernación?

De La Correspondencia de España:

«Si el Estado no puede hacer más de lo hecho, que es bien poco, al pequeño contribuyente toca la denuncia del abuso. En todas las provincias y en todas las localidades se sabe quién paga, lo que debe y quién no lo paga; se conoce al cacique que reparte las cargas entre los enemigos y los beneficios entre los correligionarios; se sabe cuánto hay en el amillaramiento y cuánto en el auelo; y de qué manera, procedimentis y tramases se valen los que merman de tan considerable manera la primera de las contribuciones.»

Y tanto como se sabe.

Como tampoco se ignora que por regla general el que se metió á redentor resultó crucificado.

Y de aquí que el pequeño contribuyente calle y pague lo que le señalan, aunque sea mucho, antes que verse perseguido y hasta arruinado si tiene el atrevimiento de arremeter contra el Todo Señor de la tierra en que mora.

Contra el cacique que sustituye, por complicidad de la Administración; é ésta en el reparto de lo que cada uno ha de dar al fisco.

Si esas denuncias se hicieran públicas—añade el colega,—acabarían pronto, porque la vergüenza apresuraría el cumplimiento del deber.

Sí, sí...

Acabarian pronto de hacerse, dando con sus huesos en la cárcel ó en San Bernardino los denunciadores.

Sigue la prensa discutiendo si el capitán general dimisionario de Canarias embarcó ya ó no para la Península.

Valiera más que la prensa, dejando á un lado esas menudencias de menor cuantía, se dedicase á discutir y analizar otras más altas.

Por ejemplo, las causas por las que el general Bargés hace dejación del cargo que desempeñaba.

Y acaso, acaso, y esta es opinión personal nuestra, las condiciones de que en las actuales circunstancias debe estar revestido el que le sustituya.

Pero ya sabemos que ni lo uno ni lo otro será discutido.

Lo que ocurre es obra exclusiva de los ídolos de moda, no del ministro de la Guerra, á quien se le ha privado de los recursos necesarios para poder hacer frente honrosamente á futuros acontecimientos, y no es cosa de dar por el pie al pedestal en que se izara á los hoy endiosados.

El telégrafo nos comunica que los norteamericanos se niegan á reconocer la propiedad de las islas de Sibutu y Cagayán, á pesar de ser los únicos territorios que tuvieron á bien dejarnos cuando el tratado de París.